

La «dilemática historia nacional» (16) de la que el episodio de Lavalle no es más que una parte, es la expresión nacional de esa dualidad del ser humano.

Sábato vivió los acontecimientos de junio de 1955 como ya había vivido la crisis de 1930, «la revolución libertadora» (que empezó escribiéndose sin sarcásticas comillas), y como luego viviría «la Argentina que nos abochornó» de los tiempos de López Rega (17). Estos acontecimientos le hirieron personalmente, pero ¿y las luchas entre federales y unitarios que Lavalle nos recuerda? También tienen vivencia actual, por paradójico que parezca. Como esto pudiera sorprender al lector moderno, Sábato le hace decir a Martín: «Me parece gracioso que todavía pueda haber en el país unitarios y federales.» «No te das cuenta que aquí se ha vivido eso», le contesta Alejandra (18). La profunda escisión del país de que fue causa la tiranía de Rosas, y que dividió a los antepasados de Alejandra [97], divide también a los descendientes de hoy. «Te doy el dato que casi toda mi familia», informa Alejandra a Martín, «ha sido unitaria o lomos negros, pero que ni Fernando ni yo lo somos» [56]. Ya veremos en qué sentido pueden ser «unitarios» Fernando y Alejandra en 1961 (19).

La historia y la literatura (la anterior a Sábato: Echeverría, Sarmiento, Mármol) escritas por unitarios, han perpetuado ese esquema que simplifica la polémica, azul/punzó, república/confederación, civilización/barbarie, y que elimina todas las complejidades históricas (20). «Si en lugar de abstractos ensayos en favor y en contra de Rosas nos hubiesen quedado tres o cuatro grandes novelas de aquel tiempo, hoy "sabríamos" (y uso comillas porque es más y menos que *saber*: es sentir, es comprender, es intuir, es palpar) lo que fue Rosas y lo que fue su época. Hoy lo ignoramos casi totalmente y tendemos a reemplazar mediante esquemas lo que fue rico y carnal, humano y desgarrado» (21). Sin embargo, toda generalización acarrea un cierto esquematismo, y el nivel metafísico al que Sábato quiere llevar los

(16) Ernesto Sábato: *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*, Buenos Aires (sin editor), 1956, p. 44. Algunas de las consecuencias de su posición antiperonista moderado pueden leerse en *El caso Sábato. Torturas y libertad de prensa. Carta abierta al general Aramburu*. Sin fecha ni lugar (9 documentos de 1956).

(17) Sábato: *Apologías...*, pp. 113 y 124.

(18) Ernesto Sábato: *Sobre héroes y tumbas*, Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Breve, edición definitiva, 1978, p. 84 (1.ª edición: 1961. Todas las citas se harán de esta edición con indicación del número de la página solamente en el texto mismo).

(19) Según Lilia Dapaz Strout, esta afirmación de que ni Alejandra ni Fernando son unitarios no alude a «ninguna bandera política del siglo XIX, sino al misterio del hermafrodita que ella constituye en unión con Fernando». Lilia Dapaz Strout: «Sobre héroes y tumbas: misterio ritual de purificación. La resurrección de la carne», en *Novelistas hispanoamericanos de hoy*, ed. Juan Loveluck, Madrid, Taurus, «El escritor y la crítica», 1976, p. 226.

(20) La dicotomía «poncho celeste, banda punzó» proviene del disco *Romance de la muerte de Lavalle* (Buenos Aires, ATC, 1981), texto de Sábato y música de Falú.

(21) Sábato: *El escritor...*, p. 46. Véase también *La cultura...*, p. 12, y *Apologías...*, p. 52.

problemas humanos que le preocupan necesita precisamente esos esquemas. El mismo lo reconoce, hablando del mapa de ideas que traza en la crisis de nuestro tiempo, «mapa esquemático sin duda. Pero los mapas son útiles precisamente por su esquematicidad» (22). O sea que, por una parte, es necesario eliminar los esquemas, y por otra, recurrir a ellos, dilema que angustia también a Harry Haller, el héroe de *El lobo estepario*, de Hermann Hesse (23).

El tratamiento de Lavalle en esta novela ejemplifica el dilema del esquematismo. Por una parte, Lavalle duda: «¿Quién es dueño de la verdad? Nada sé ya...» [96], y por otra, sigue siendo «el Cid de los ojos azules», «descendiente de Hernán Cortés y de Don Pelayo» [540], un ser ideal como lo fue para Mármol: «Nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el Cruzado argentino» (24). No obstante, no hay que olvidar que Lavalle es, tanto como Martín o Alejandra, *un personaje de novela*. La realidad de su existencia histórica es un rasgo tangencial, tan tangencial a la verdad como la ficción de Martín o Alejandra. Todos son históricos. Lavalle desempeña en la novela una función expresiva que no tendría ni podría tener en la historia. En Lavalle se encarna el ideal de unos hombres «cuyos corazones laten al unísono» (25). Pedernera lo dice: «En aquel tiempo sí sabíamos por qué luchábamos. Luchábamos por la libertad del continente, por la Patria Grande» [95].

Ahora bien, es sumamente significativo que «aquel tiempo» no es el que figura en la novela. La causa de Lavalle acabó por triunfar, pero son los fracasos de sus últimos años lo que figura en la novela. Su retirada hacia Bolivia y su muerte en Jujuy el 8 de octubre de 1841 son victorias de Rosas. La fortuna política del tirano iba entonces, hacía meses, en ascenso, y el terror que asoló la Argentina del 23 de septiembre al 27 de octubre de 1841 fue quizá simple venganza (26). Igualmente, el bombardeo de la plaza de Mayo el 16 de junio de 1955 fue un fracasado golpe militar contra Perón, que provocó la terrible reacción peronista de la quema de iglesias. Que las fuerzas congregadas contra Rosas o Perón acabaron o no por triunfar no es cuestión que interese a Sábato en este contexto. Lo que le importa es la lección del fracaso, el dolor, el sufrimiento que la lucha trae consigo.

---

(22) Sábato: *El escritor...*, p. 52.

(23) Algún día emprenderé el estudio de esas dos almas hermanas que son Sábato y Hesse.

(24) José Mármol: *Amalia*, México, Editorial Porrúa, «sepan cuántos...», 1971, p. 247 (1.ª edición completa: 1855).

(25) Sábato: *Apologías...*, p. 142.

(26) John Lynch: *Argentine Dictator: Juan Manuel de Rosas, 1829-1853*, Oxford, Oxford University Press, 1981, p. 228. (La traducción es mía.)

Rosas y Perón encarnan en la nación las fuerzas oscuras que, en la ficción, encarnan Fernando y Alejandra, el único sentido en que pueden ser hoy «federales». Son fuerzas oscuras que no es posible ignorar, ya que «el hombre no existe sin el demonio: Dios no basta» (27).

La derrota y el desengaño son parte fundamental de la vida, y nos enseñan a vivir. Martín sobrevive su profunda decepción amorosa y Celedonio Olmos sobrevive la derrota de sus ideales. El obrero peronista se niega a sacar partido del fracaso del golpe, aunque ha visto a sus compañeros masacrados en la plaza de Mayo. Todos ellos adquieren mayor madurez al reconocer la imperfección del mundo, el dominio del mal. Aunque no lo digan, todos ellos estarían de acuerdo con los gnósticos, como Fernando, en que «el mundo sensible fue creado por un demonio llamada Jehová», y que «sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas» [300-01] (28). Así lo sigue creyendo también Sábado (29).

No creo que la observación directa del mundo en que vivimos baste para hacernos compartir esas creencias gnósticas. La razón es paradójica. El hombre, por tener cuerpo, es materia, y, por lo tanto, creación del Demonio. Pero las pasiones y los actos que en ellas se originan no son *en sí* mismas causas del mal. Al contrario, es la razón la que, al no darles cabida en un mundo demasiado racional, pone en peligro nuestra civilización. Fueron «esos doctores», dice Lavalle, «que me hicieron cometer un crimen» [533]. Esto no quiere decir que, acusando a la razón se absuelva a las pasiones. Nada de eso. Numerosos personajes en toda la obra de Sábado expresan asco por el acto sexual y, en particular, el que les dio origen (30). Tácitamente comparten la opinión de San Agustín de que «nacemos entre excrementos y orina» (31). Partiendo de supuestos diferentes, cristianos y gnósticos llegan a conclusiones semejantes. Ya veremos de qué modo alcanza Martín la salvación. Fernando, más gnóstico que cristiano, la encuentra dando rienda suelta a sus pasiones para conocer-

(27) Sábado: *El escritor...*, p. 205.

(28) En *Abaddón, el exterminador*, la teoría gnóstica, que desempeña un papel capital en la novela, la expone un tal Alberto J. Gandulfo. Ernesto Sábado: *Abaddón, el exterminador*, Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Breve, edición definitiva, 1978, pp. 328-41. Véase también mi artículo: «*Abaddón, el exterminador: Sábado's Gnostic Eschatology*», en Salvador Bacarisse: *Contemporary Latin American Fiction*, Edimburgo, Scottish Academic Press, 1980, pp. 88-109. Una versión revisada aparecerá en breve en un volumen de ensayos sobre la obra de Sábado compilado por Angel Manuel Vázquez-Bigi para la editorial Seix Barral de Barcelona. Véase igualmente Francisco García Bazán: *Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico*, Buenos Aires, Ediciones Castañeda, 2.ª edición, 1978, p. 50.

(29) Sábado: *La robotización...*, p. 34 [de un artículo publicado en 1975].

(30) Jorge Ledesma y Nacho Izaguirre, en *Abaddón...*, por ejemplo.

(31) Marina Warner atribuye a San Agustín este aforismo. Marina Warner: *Alone of All Her Sex. The Myth and Cult of the Virgin Mary*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1976, página 58 (la traducción es mía).